

mismo, de que él es el escogido para descargar los golpes del infierno contra Cristo.

Mas yo creo, con el Papa, que esta fuerza será, un día, muy pronto tal vez, abatida por la simbólica piedrecita, desprendida de la montaña. Todo el mundo recuérdela el magnífico discurso del Papa acerca de este asunto. Indudablemente, al leer este discurso el coloso de Berlín, ha debido convencerse de que tiene piés de barro.

El incidente de Venecia, ¿tiene la importancia que yo le he atribuido? ¿serán sus consecuencias las que he previsto? Lo ignoro; veo solamente, que en Inglaterra, en Francia, en Alemania mismo, los órganos más autorizados, empiezan á entrever la posibilidad de una alianza de Victor-Manuel con Francisco José. Pudiera yo aquí hacer algunas citas en apoyo de mi opinión, pero llenaría un espacio que puede servir para asuntos más importantes.

Me limito, pues, á trasladar dos caricaturas, que me han llamado la atención, en un periódico salitrero.

La primera caricatura es la siguiente: el Papa y Bismark están representados por dos gladiadores á la manera antigua, y Bismark es derribado por el Papa.

La segunda, muestra á Bismark en actitud de querer detener á una locomotora lanzada á todo vapor: esta locomotora es la Iglesia, y Bismark queda destrozado.

El lápiz tiene el privilegio de decir á los ojos lacónicamente, lo que, para explicado, exigiría del escritor largos artículos.

Adios, mi querido Director, tengamos valor, y no olvidemos, que, á despecho de todas las potestades del infierno, la Iglesia triunfará. Cuanto más terribles sean las contradicciones, más prontas y decisivas serán las victorias divinas.

Son necesarias las sombras, para que la luz brille más á los ojos de los hombres.

M. R.

(Journal de Florence, 1.º de Abril 1875.)

## LA LINTERNA.

Nos escriben de Roma:

La *Lanterne*, ese infame periódico, que ha reaparecido á la luz pública, para baldon de la tan ponderada civilización moderna, se está pregonando á voz en grito por las calles de Roma, á 75 céntimos el número, y á 50 por las de Ginebra. Bien pudieran llamarse á engaño, cuantos lo compran, si su intencion, en lo general, fuera recta, puesto que, prescindiendo de la calidad, que nada vale, la cantidad es muy inferior á la de los impresos volantes, que se expenden á 5 céntimos. Una particularidad salta á la vista, desde luego, y es; que el autor, que trata á amigos y á enemigos de *fulleros*, aparece serlo él mucho más que sus entusiastas admiradores, ya que empieza por negarse á sí mismo, pues, siendo su verdadero nombre: Enrique de Rochefort, escribe y se firma: Enrique Rochefort, esto es, suprimido el *de*, con la mira, sin duda de democratizarse, y tal vez, con la de evitar que, algun día, este *de* le valiera... la linterna, cuyas excelencias tanto encarece para procurarla á los demás. Al enbolar otra vez su enseña, se ve, que no trata de divertirse solamente con un juego de meras palabras, nó: su linterna es algo más; es una promesa, un anuncio siniestro de la próxima restauración de la horrible linterna, en la cual se ahorcaba tan sencillamente en 1793.

No nos ocupáramos de la *Lanterne*, ni del petrolero Rochefort, sino hubiéramos visto en el número del 13 de febrero, locas eculubraciones en loor de Garibaldi, unidas á sacrilegos insultos contra el Papa. Ahora es ya cosa corriente para todos los regeneradores de la libertad; no aciertan á entu-

siarse por el *héroe*, sin ultrajar al Papa; no puede ir lo uno, sin lo otro.

La *Lanterne* pondera la rectificación del cáuce del Tiber, y el saneamiento del *Agro-Romano*. Segun Rochefort, Garibaldi no hubiera libertado á su país, si tuviese que dejarlo en el deplorable estado en que lo mantiene la monarquía. Los *embrutecidos* únicamente son los que pueden imaginar, que el *héroe* emprendió su expedición de los *Mil*, sin otra mira que la de derribar simplemente al rey de Nápoles. Cuando concibió dicha expedición, ya tenía en la mente todas las mejoras de que es susceptible la Italia, y, muy especialmente le preocupaba la idea del Tiber y del *Agro-Romano*.

El Tiber y el *Agro-Romano* son, con respecto á Italia, lo que la instruccion obligatoria y gratuita es con respecto á Francia.

De suerte, que todo el mundo ha sido trastornado, todos los principios de derecho han sido pisoteados, porque era preciso desviar el Tiber, y cultivar esa cintura terrible y magestuosa de Roma, en la cual reina la fiebre paludeana, y que se llama el *Agro-Romano*.

Confieso, que consideradas así las cosas, la empresa de la revolucion ha sido regular. Ahora falta saber, si Garibaldi opina lo mismo que Rochefort. En cualquier caso, siendo insensato el plan que se habia propuesto, y debiendo necesariamente abortar, el papel del *héroe*, sus grandes algaradas patrióticas, y militares, no dejan de ser pueriles y ridiculas.

Hé aquí, pues, lo que ha ganado Garibaldi: su elogio pomposo ha quedado reducido á nada.

Hé aquí, ahora, lo que ha ganado el Papa: me limito á citar:



« Desde los primeros Papas, hasta Pío IX, inclusive, el Catolicismo ha prohibido, que se pusiera en estado de cultivo el *Agro-Romano* (!?) con la mira, de que el pueblo se habituase á la ociosidad, y vejetease en la miseria, estado el más á propósito, para las negras miras de los ultramontanos.

« Los ciudadanos, que trabajan, y pueden proporcionar á sus familias alguna comodidad, se inquietan poco... de los dogmas, (*suprimo aquí las blasfemias contra la Sma. Virgen*). La ignorancia y la desnudez de los pueblos, han sido siempre las dos poderosas palancas de la corte de Roma. El día en que esa ignorancia y esa desnudez desaparecieran, el Vicario de Jesucristo quedará transformado en un personaje cubierto de un gorro inverosímil, y se irá al baile de la Opera disfrazado de Papa, como se va ahora de Pierrot... Este abandono premeditado de las mejores tierras de Europa, ha sido constantemente un foco *perenne* de calenturas, y epidemias; plagas de que están enamorados los Cardenales, como dones del cielo.

« En efecto; pocos medios de gobierno cabe imaginar, superiores al del tífus... »

« He aquí, pues, como Garibaldi, *después de haber decantado el Papado á tiros, vá á acabar con él, enterrándolo con la tierra removida en el Agro-Romano* (!?) »

« Designados están en la historia los esfuerzos que han hecho los Papas, para impedir, ó atenuar, al menos, los desastres consiguientes á las inundaciones del Tiber, y para fomentar la agricultura; esfuerzos y trabajos tan gigantescos, que han merecido el respeto y la admiración de todos los hombres inteligentes, y sensatos. Padiérase llenar una magnífica biblioteca, solo con las obras impresas relativas á problemas, que pretende ahora resolver Garibaldi, en cuyo aposento es probable, que no se vea siquiera un libro científico.

« Por lo que atañe á la *Lanterne*, no es digno este periódico de que nadie, que en algo se estime, se ocupe de él.

« Sin embargo, aprovechamos esta oportunidad, para cubrir de baldón, á los ojos de las personas honradas, al autor de tan groseras necesidades.

« Verdad es, que la *Lanterne* no se escribe para las personas honradas; y compadecemos de veras, aún á los mismos revolucio-

narios, que pierden su tiempo y su dinero, leyendo sus infames chavacanerías.

E.

(*Journal de Florence*, 5 de Marzo 1875.)

## ITALIA.

### LA DISCIPLINA Y LOS PERIÓDICOS OFICIOSOS.

« Es de admirar ciertamente la disciplina de los periódicos oficiosos; seamos justos: M. Arton, secretario general del ministerio de negocios extranjeros, es el maestro de ampliación más hábil que se haya conocido hasta el día, y sus discípulos, á no dudarlo, le honran sobremanera. Es verdad, que aquí no son los discípulos los que satisfacen honorarios al profesor, sino que, al contrario, de los usos admitidos, se puede sospechar, que el profesor es quien recompensa liberalmente á los discípulos.

« Anteayer, el tema de ampliación era éste: « Probar que la Prusia no puede pedir á Italia modificación alguna en la ley de garantías, sino en el caso de que el Vaticano, por sus excesos, se convirtiese en una causa de rompimiento con nuestros aliados. »

« Naturalmente, el tema ha sido discutido bajo todas sus fases, por la *Opinione*, la *Italia*, y el *Fanfulla*, que le adornaron con todo género de variaciones. Empero, á lo mejor, los académicos del periodismo oficioso recibieron la órden de discurrir sobre otro tema.

« Aprovechar la ocasión de la Enciclica á los Obispos alemanes para establecer, que el Papa es más libre, hoy, que cuando era soberano temporal; pues, si ahora fuese todavía soberano de los Estados de la Iglesia, no se hubiera atrevido á enviar semejante Enciclica al Episcopado prusiano. »

« El *Fanfulla*, ha sido el primero, en terminar su tarea obligada. Con ironía, se dirije á Mons. Nardi, en los términos siguientes: Si el Papa fuese todavía Soberano temporal, ¿se hubiera atrevido á enviar á los Obispos de Alemania, (*lo demás como arriba*)...? Y si á tal se hubiese atrevido ¿no le parece á

Mons., que Bismark hubiera sido capaz de enviar al puerto de Civitavecchia una escuadra con tropas de desembarco, mandadas por un Molke cualquiera? Y en semejante caso, ¿ que habría hecho el Papa con su única corbeta la *Invencadula Concepcion*, y sus mercenarios mandados por Kaurier? »

« El *Fanfulla* concede 24, y aun 48 horas de tiempo á Mons. Nardi, para responderle.

« Sin embargo, el caso propuesto no es nuevo en los fastos de la Iglesia.

« El Cardenal Pacea refiere en sus *Memoorias* (1.ª parte, pág. 62 y siguientes) que en la víspera de publicarse la bula de excomunicación lanzada contra Napoleón I, un Cardenal fué á casa del Secretario de Estado, y le preguntó, si se había reflexionado bastante en las consecuencias graves, que podrian resultar de la publicación de aquella bula.

« El Cardenal Pacea preguntó, á su vez, al interlocutor: « Cree Vuestra Eminencia, que esta publicación no sea justa ni útil? Estos dos motivos únicamente son los que yo pudiera hacer valer en el ánimo del Papa para pedirle que ordenase suspenderla. »

« El visitador contestó, que á él le constaba de buen origen, que al tener noticia Napoleón de aquella publicación, sería capaz de dejarse llevar á los mayores excesos, y hasta, tal vez, el de atentar á los días del Papa. Pacea replicó con suma frialdad: « *Habría un Papa mártir más en la serie de los Soberanos Pontífices*. Y de nosotros los Cardenales, cuando él sepa que hemos sido sus consejeros y hemos consentido en esta publicación, ¿que hará?—Se me ha dicho, respondió el visitador, que mandará encarcelarnos.—(Oh! no es esta ninguna razon canónica, replicó Pacea, riendo, que yo puedo alegar al Papa, para disuadirle de su propósito. »

« Y la bula de excomunicación apareció fijada en los lugares de costumbre: Pío VII fué arrebatado brutalmente del palacio apostólico del Quirinal, sacado de Roma, con solos veinte sueldos en el bolsillo, y permaneció cinco años y medio prisionero; despues volvió triunfante y glorioso á Roma, mientras que Napoleón iba á morir en la roca desierta de Santa Elena.

« El *Fanfulla* obrará cuerdaemente volviendo á leer esta página de la historia.

« La *Italia* trata la misma cuestion; pero en su calidad de órgano de la diplomacia, emplea mejores formas: machaca siempre

lo mismo; que, nosotros, clericales repetimos hasta la saciedad, que « *el Papa está prisionero*; que la soberanía temporal le es absolutamente necesaria para el libre ejercicio de su autoridad espiritual, etc. »

« Antes de pasar adelante, contestamos á la *Italia* con dos argumentos de hecho: Si el Papa tuviera por conveniente salir hoy del Vaticano, y los romanos quisiesen acallarle, ¿ pedirle simplemente su bendición apostólica, ¿ que haría Garibaldi y sus partidarios? ¿ Quien garantizaría la vida del Soberano Pontífice? »

« Decis, vosotros, que la soberanía no es necesaria al Papa para garantizarle el libre ejercicio de su ministerio espiritual: entonces ¿ por qué el ministro Vigniani ha venido á demostrar lo contrario, con su famosa circular del mes último? »

« Este ministro de cultos del reino de Italia, ¿ no ha dicho en la citada circular, que los discursos, las cartas apostóficas, las Enciclicas del Papa, no podian ser divulgadas por la imprenta, *si el gobierno italiano lo juzgaba oportuno*? »

« Luego, pues, al Papa se le traba en el ejercicio de su ministerio espiritual, ó por decirlo mejor, el ejercicio de ese ministerio está sometido al capricho, al *exequatur* de los ministros de Victor-Manuel.

« ¿ Esto es independencia? »

« La *Italia* termina su artículo con esta sentencia:

« Si el Vaticano tuviese todavía en sus manos el poder temporal, no se hubiera atrevido á hacer lo que hoy ha hecho con la Alemania. »

« Contestando á esta baladronada, recordamos al periódico de M. Visconti-Venosta, que un embajador de Rusia, habiéndose atrevido delante del Santo Padre á calumniar á los católicos de Polonia, Pío IX, le arrojó de su presencia, sin inquietarse en lo más mínimo, de las consecuencias de un rompimiento ruidoso de las relaciones diplomáticas con el imperio moscovita.

« Aquel que sabe lo que debe á Dios, no teme á los hombres, por muy poderosos que sean. Ahí están los Papas mártires para atestiguar esta verdad.

(*Journal de Florence*, 18 de Marzo 1875.)



## INQUIETUDES EN EL QUIRINAL.

El Quirinal está descontento, y no sin fundado motivo.

Los discursos de Garibaldi, pronunciados el 19, contestando á las muchísimas corporaciones y personas que fueron á felicitarle por sus dias, son capaces, por su significacion, de espantar á los habilidosos, que se lisonjean de poder vivir tranquilos á fuerza de equilibrios.

Nada menos que la rebelion abierta, contra el actual estado monárquico, es lo que ha recomendado Garibaldi á sus numerosos visitantes. Algunos dias más todavía, é indudablemente leeremos acrimonias humanitarias y republicanas sobremanera acentuadas.

Entretanto, permitásenos citar algo de los discursos del héroe en dicho dia.

A los discípulos de la escuela protestante, llamada anglo-romana, el mayor de ellos de doce años de edad, les dijo:

« Vosotros sois la nueva generacion, la generacion del porvenir; nosotros somos la generacion vieja, la generacion de lo pasado. » Nosotros hemos derribado á muchos gobiernos tiránicos, y, lo que es más, al gobierno de la teocracia.

» Teocracia, significa: gobierno de malos sacerdotes.

» A vosotros, por el contrario, os está reservado el consumir la total unificacion de Italia, porque debéis saber, que existen todavía otras provincias de nuestra peninsula, que aún están separadas de la madre patria. Abrigo, pues la confianza, de que vosotros sabreis realizar esa obra, sin necesidad de apelar á guerras, sino, aplicándoos al estudio.»

Este discurso, en cuanto al estilo, no puede ser más vulgar; pero en cambio, no puede ser más claro, políticamente considerado.

Para el partido monárquico, la perspectiva de tener que conquistar la Córcega, Malta, el Tiro, Trieste y las orillas orientales del Adriático, no es muy halagüeña, que digamos: tratase de conservar, si se puede, lo que se ha tomado, y no de arrebatarse territorios á Francia, á Inglaterra y al Austria. Semejantes aventuras, por otra parte, no pueden verificarse, sin guerras,

y el estudio de los niños de la escuela anglo-romana, nada tiene que ver con la triple guerra, que, indudablemente, suscitaria la soñada tentativa de Garibaldi. Además; ¿con qué medios pudiera contarse para emprender una guerra? El héroe agricultor no quiere ejército, ó á lo menos, un ejército tal como se concibe en todos los países del mundo. Para Garibaldi el ejército es..... la guardia nacional.

Y sinó, dígase lo que ha dicho á las cuatro legiones, que fueron á victorearle en dicho dia:

« ¡ Guardia nacional de Roma! Yo saludo en tí á mi ideal. ¡ Roma! tú eres el objeto del culto de toda mi vida!..... La guardia nacional representa al ejército nacional. (Aplausos). Cuando la guardia nacional sea el ejército de la nacion, entonces la Italia será grande... ¡ Guardia nacional! te doy gracias, por el momento de regocijo y emocion que hoy me has proporcionado. (Aplausos prolongados.)

Es de notar, que en el momento mismo en que Garibaldi ensalza á la Guardia nacional, sea la disuelve en Milan, como se la disolvió en Florencia. Los pueblos rechazan esta institucion, ya muy gastada; para ellos, el trabajo y el pan de cada dia es la cuestion principal; cuestion, que la república democrática es impolente para resolver, lo mismo que la monarquía revolucionaria.

La secta, moderada ó no, no ha dado nunca pan al hombre; y en sus manos, que son las del demonio, el pan se convierte en piedra.

Cuando el país haya obtenido el ejército nacional, soñado por Garibaldi, dejará de tener ejército.

Sin dificultad se habrá comprendido ya, por lo visto, que el Quirinal esté descontento. Con razon debiera estarlo, aún por mucho menos.

Por lo demás, digamos las cosas cuales son en realidad. Los pueblos carecen de pan: la cuestion de pan se trata cada dia, con mayor ardor y en son de amenaza; y el descontento de los pueblos es mucho más serio, que el del Quirinal.

De donde se sigue, que, en su ignorancia, los pueblos se dejan alucinar, y van en pos de Garibaldi, y que este hombre tiene y puede contar con un partido poderoso. Dentro de pocos dias, saldrá á luz un nuevo órgano, que va á fundarse, para exaltar al héroe

del Tiber, al *Agricultor* del Campo romano, y con él se persuadirá á los pueblos, de que ese hombre es el único capaz de proporcionarles pan. Se pleiteará, aunque sea á riesgo de recogidas, la causa de una presidencia nacional á favor de Garibaldi.

Compréndese, pues, perfectamente, repetimos, que en el Quirinal reine el descontento.

E.

(*Journal de Florence*, 24 de Marzo 1875.)

## CATÓLICOS LIBERALES Y CATÓLICOS ANTI-LIBERALES.

Siempre que se duda de la verdad, ó se pretende desfigurarla, me siento poderosamente inclinado á tomar su defensa. En este caso me hallo con respecto á la respuesta, que me da el periódico de Milan, al cual dirigi yo últimamente una carta, con el título de *Católicos liberales y católicos anti-liberales* (1). En tanto que mi personalidad sea únicamente la atacada, me callaré; pero en faltándose á la verdad, se me hallará siempre en mi puesto. Al encargarme de la direccion de un periódico, ¿no me impuse, acaso, el deber de refutar los errores, é impedir, en cuanto de mí dependa, que hagan víctimas?

He leído en la respuesta milanesa esta sorprendente asercion: «habeis descubierto que la secta anticristiana nació con Cain, esto es, cuando nadie sabia que Cristo existiese; la habeis visto sobrevivir al diluvio, que ahogó á todos los descendientes de Cain.» Cuantos lean el periódico, en cuestion, deben presumir, hasta cierto punto, que sus redactores tienen, á lo menos, alguna tintura de la ciencia de Dios. ¿Que juicio formarán, pues, cuando hayan leído esas líneas? Juzgarán, naturalmente, que Lucifer aguardó que Jesucristo naciera en Belen para combatir la obra de la Redencion; crearán, que Abel no personificaba á Cristo y á

(1) Véase esta carta, encabezada con el mismo título, pág. 965.

la Iglesia, desde el principio, por más que digan lo contrario los Santos Padres; nada comprenderán de la maldicion que Noé fulminó contra los hijos de Cham, y por lo mismo, no tratarán nunca de penetrar el misterio de la invasion de la idolatría por la raza de Cham, que no quedó anegada en el diluvio.

En tres líneas, ¡cuánta falta de respeto á las verdades más sólidamente establecidas! ¡Cuántas afirmaciones aventuradas! Me veo, pues, precisado á demostrar la falsedad de las tres líneas citadas, que he copiado á la letra; y entre tanto, remito á quien las haya escrito, á mi Historia de la secta anticristiana, recordándole, que nadie puede dispensarse de conocer una obra, si quiere hablar de ella.

La distincion, en la cual tan porfiadamente insiste mi colega de Milan, entre la cátedra sagrada, y el periodismo católico, no puedo yo admitirla en manera alguna. Una y otra tienen la mision de defender la verdad, por la caridad. Esta distincion es el caballo de batalla de los católicos liberales. Sois libres, nos dicen, de tributar á Dios el culto que de vosotros exije; podéis seguir las enseñanzas de la Iglesia en vuestra vida privada y en el santuario de la conciencia; guardaos, empero, de mezclarlos en la política puramente humana, y dejad, que, en vez de acudir á Dios, y servirnos de las verdades que nos ha revelado, nos sirvamos de los innumerables recursos que nos ha proporcionado nuestra ciencia, nuestra razon y nuestra experiencia.

Claro está, que el católico no puede adherirse á esta doctrina, que el Padre Santo ha declarado *perniciosísima*. No puede el católico admitir, que Dios sea extraño de las cosas de este mundo; y nosotros, los periodistas católicos—luchando en la arena política—hemos de esforzarnos en reponer á Dios al frente de la política. De ahí, la necesidad urgente de imitar á los misioneros y de predicar, como ellos, las verdades eternas; verdades no menos necesarias á la salvacion de las naciones, que á la de los individuos.

J. E. DE CAMILLÉ.

(*Journal de Florence*, 12 de Febrero 1875.)



## LAS DOS FUERZAS.

Dos fuerzas hay en el mundo: la fuerza moral, y la fuerza material. Preciso es, que los poderes, para ser duraderos, se apoyen en estas fuerzas.

Supóngase un poder, apoyado únicamente en la fuerza moral; caerá, porque esta sociedad degenerada, en cuyo seno vivimos, tiene á cada instante necesidad de ser mantenida en el respeto de las leyes por la fuerza material. Pero, ese poder moral se levantará de nuevo, porque su fuerza, más ó menos tarde, vuelve á tomar su ascendente.

Por el contrario, supóngase un poder, que no dispone sino de la fuerza material; caerá, irremisiblemente, pero no para levantarse de nuevo, porque la fuerza material se gasta en un plazo más ó menos breve.

Ambas suposiciones pueden aplicarse á los dos poderes, al de la Iglesia y al del Estado, ó, si se quiere, al de la Roma católica y al de la Roma sectaria.

La Roma católica estaba fundada sobre la fuerza moral por excelencia; de suerte, que para sostenerse, bastábale una fuerza material insignificante; tanto, que á la secta le ha sido fácil triunfar por la traición y la violencia. Empero, la fuerza moral, no solo ha quedado intacta, sino que se acrecienta de día en día, con las vicisitudes valerosamente soportadas. De donde se sigue, que los católicos no deben ni pueden desesperar, sino que, por el contrario, deben esperar siempre como indefectible el triunfo de la fuerza moral. El Papa es la personificación de esta fuerza moral, ó, por decirlo mejor, es el depositario de ella. Haga la secta cuanto quiera: el Padre Santo es invencible.

La Roma sectaria ha levantado sus tiendas en las orillas del Tiber, á la sombra de la Cúpula del Vaticano, y nadie podrá acusarnos de exajeración, si decimos, que á la secta—la Roma sectaria—le falta absolutamente la fuerza moral. Confesamos, que la Roma sectaria tiene á su disposición la fuerza material, pero, tarde ó temprano, le caerá la suerte, que cabe á los poderes que no cuentan sino con la fuerza material.

Cuando los sectarios acusan al Papa y á los

católicos, de conspirar contra la tranquilidad de los Estados, dan una prueba evidente de aberración ó de hipocresía. El Papa y los católicos no obran nunca contra los Estados: 1.º porque Dios se lo prohíbe; 2.º porque nada ganarian en ello; 3.º porque desvirtuarían la acción de la Providencia; 4.º en fin, porque, por su desobediencia á Dios, se privarían de la fuerza moral, que es su arma más poderosa.

La fuerza material se gasta, y cada día pierde algo, que, al punto, es reemplazado por la fuerza moral, destinada á triunfar un día.

A medida que se gasta la fuerza material, el Estado, privado de la fuerza moral, tiene que recurrir á expedientes, que le permitan prolongar su efímera existencia; y, para salir de generalidades, decimos; que la Roma sectaria, cuya fuerza moral es nula, ve cada día, que su fuerza material va disminuyendo, y por esto apela á expedientes.

La alianza prusiana es un expediente de ayer; la alianza austriaca será, quizás, el expediente de mañana. Y pasado mañana, probablemente, se creará necesario reanudar la alianza francesa. Pero la alianza francesa, ¿cuánto tiempo durará?

No hay que forjarse ilusiones; todos los días se tendrá que acudir á nuevos expedientes, así en el exterior como en el interior, por lo mismo que se está amenazado de todas partes.

El rompimiento de la alianza prusiana, no solo pone el reino en peligro en el exterior, sino que, en el interior, puede causar graves complicaciones. Garibaldi es un instrumento de Bismark; nadie duda de ello. Aventureros políticos y *comunales* rodean de continuo al *héroe agricultor*, que aparentan interesarse en sus proyectos, pero que, en realidad, aguardan, *in mente*, las primeras monedas de 20 francos del *empréstito municipal*, para demostrar su patriotismo.

¿A qué expedientes se recurrirá para neutralizar los esfuerzos de Garibaldi? No lo sabemos. Es interminable la serie de concesiones que puede hacer un gobierno, cuya fuerza material declina. De concesión, en concesión, los poderes llegan, por fin, á su ruina; así lo acredita la experiencia.

En suma; procuremos asistir con calma al espectáculo que nos da la Roma sectaria, y permanezcamos estrechamente unidos á la Roma católica. Nuestra Roma es la fuerza

moral del mundo, y la fuerza material, de seguro, no prevalecerá siempre.

E.

(*Journal de Florence*, 28 de Marzo 1875.)

## LA OPINION PÚBLICA

Y SUS ADORADORES.

La *Perseveranza* de Milan nos revela el pensamiento exacto que ha dirigido la conducta del emperador de Austria, respecto al nuevo reino de Italia, y, especialmente, en todo lo que concierne á su reciente visita á Victor-Manuel.

He aquí, según ese periódico—que cuenta con muchos amigos en el cortejo imperial—las palabras que Francisco José ha dirigido á Victor-Manuel, en su primera entrevista.

El emperador dijo al rey: «He elegido á Venecia, porque esta ciudad es la última que he perdido; eligiéndola, he querido manifestar al mundo entero, que el Austria ha renunciado definitivamente, y para siempre, á toda pretension sobre Italia. Los acontecimientos extraordinarios, que han venido sucediendo en breve tiempo, y que han formado la unidad é independencia de Italia, son, de suyo, bastante maravillosos, para no reconocer en ellos la intervención de un poder sobrenatural, ante el cual debo inclinarme.»

He ahí expresado el pensamiento que domina hoy día en todas las cortes: Francisco José ha sido el intérprete, esta vez, de la política general; él nos ha revelado el sentido de esa política, y entregado el acta á Victor-Manuel, de que se somete enteramente al mundo moderno. Que Francisco José sienta, ó no, algún pesar,—tal vez remordimientos—poco nos importa averiguarlo á nosotros los católicos; pues ni los remordimientos ni los pesares cambian en lo más mínimo la situación general: lo cierto es, que un nuevo mundo se levanta delante de nosotros, y que, este mundo combate al

mundo eterno fundado por Jesucristo y para Jesucristo.

Y este nuevo mundo se apoya en la falsa opinión pública; y esa falsa opinión pública es obra de la secta; de la secta inspirada por Satanás. El emperador de Austria, pues, ha proferido una verdad, al declarar, que reconocía una intervención sobrenatural en los acontecimientos, que le han arrancado la Lombardia y Venecia; pero, esa intervención sobrenatural es diabólica; y no aguardó, para manifestarse, la fecha de 1848.

Ese sobrenatural—que yo prefiero llamar *sobrehumano*, para distinguir bien la intervención directa de Dios en las cosas de acá abajo, de la que él permite al demonio—ese sobrenatural, repito, ha desplegado una actividad infatigable para apoderarse del mundo. Ya al principio de la era cristiana, Pedro y sus primeros sucesores, en número de más de veinte, combatieron contra él, hasta derramar su sangre. Esa espantosa lucha terminó por una victoria brillante: un día se abrió la cárcel Mamertina, y el Pontífice, que salió de ella, fue invitado á subir á un trono. Y hubo, desde entonces, un Rey de reyes en la tierra, que representa al Rey de reyes, que está en el cielo.

Diez y ocho siglos de trabajos y torrentes de sangre inocente, ha costado á la Iglesia la organización de la sociedad cristiana. Desde Carlomagno, no hay más que una sociedad cristiana perfecta, presidida por una cabeza coronada de triple corona, y defendida por una espada; que representa la fuerza material al servicio de la causa del bien; desde entonces, por espacio de mil años, el espíritu de tinieblas estuvo encadenado, como puede y debe estarlo en las miras de la Providencia, puesto que el libre albedrío humano es siempre dueño de sí, y ha podido y podrá siempre, hasta el fin de los siglos, entregarse á Satanás, ó á Dios, conforme á su voluntad.

Empero, por espacio de mil años hubo un rincón de la tierra, gobernada por leyes cristianas, regido por la verdadera opinión pública, y en donde el poder civil—aunque disputando á veces con el poder religioso—permanecía cristiano, y defendía la verdadera opinión pública, la de Cristo, contra la falsa, que nos viene de Satanás. En ese rincón de tierra, Cristo reinaba como vencedor, vencedor visible, palpable, con todo el aparato exterior de la victoria; y cuantos



querían rendirse á la evidencia, no tenían más que inclinarse delante de él.

Mas, discursos esos diez siglos, hé aquí, que surge un nuevo mundo: aparece un falso Carlomagno, Napoleón I, que conquista el poder, con el apoyo de la secta, y que, luego, trata de organizarla conforme á las miras de su ambición personal. Pretende, nada ménos, que someter, á la vez, bajo su yugo de hierro, á la Iglesia y á la Masonería: incapaz de remontarse, hasta el origen de lo sobrenatural, como de lo sobrehumano, el nuevo Anticristo no veía en la Iglesia y en las Logias sino un instrumento poderoso de su política. Nadie ignora lo que le aconteció.

Mucho más poderosa que Napoleón I, la falsa opinión pública invadió, después de la muerte de este emperador, la sociedad cristiana. Los acontecimientos de la política, desde el principio de este siglo, no son más que meros incidentes: el gran hecho que los domina á todos, es la invasión de la opinión pública sectaria, apoderándose del libro, del periódico, de las cátedras, de los Parlamentos, de los gabinetes, de las cortes, y dirigiéndolo todo hacia un mismo fin: la destrucción de la sociedad cristiana.

La Iglesia no ha cesado de levantar la voz contra esa potencia nefasta; mas, no ha encontrado entre los reyes de la tierra ningún eco que la repitiese, y poco á poco, las masas, ántes tan piadosas, han dejado también de escucharla. La sociedad cristiana, ha degenerado, hasta el punto, de convertirse en un campo árido: la Fé, la Esperanza y la Caridad, se han enfriado en muchos corazones; y los falsos profetas, ponderando siempre las exigencias de los tiempos, las luces del siglo, la necesidad de renovar la sociedad fuera de Cristo, son escuchados y aplaudidos por innumerables personas, que practican todavía, exteriormente, el culto cristiano.

Los acontecimientos maravillosos, á los cuales aludió Francisco José, tienen una explicación natural, bien que, en el fondo, se oculte lo sobrenatural, de que él habló. Las victorias de Italia, fruto fueron de la falsa opinión pública. El *carbonario* de Cosenza, principal aliado de Víctor-Manuel, pagaba á los periódicos para que predicasen la guerra contra el Austria; y el Austria, aunque hubiese pagado doble, no hubiera podido inducir á esos mismos periódicos, á

que sostuvieran sus derechos. Y esos diarios, eran los que más circulaban y más se leían, aun por las familias católicas. Las corrientes de la falsa opinión pública le eran contrarias, y la secta vigilaba y trabajaba incansablemente en sostener esa opinión.

Los enemigos del Austria no estaban todos en Francia, ni en Italia, ni en Prusia; la falsa opinión pública—ahogando todos los sentimientos de derecho y de amor á la patria—los había suscitado en su propio seno. Pimodan nos ha dicho, que al regresar á Viena, con los trofeos ganados por Radezki á los Piamonteses, fué recibido con silbidos por los estudiantes de esa ciudad. Y sabemos también, que la derrota de Sadowa fué saludada con júbilo en las orillas del Danubio, donde la falsa opinión pública gritaba: «Esta derrota equivale á una victoria, puesto que á ella le deberemos instituciones parlamentarias.»

La falsa opinión pública nos conduce insoportable, pero fatalmente, á la renuncia de toda verdad, de toda justicia; nos sumerge en las tinieblas de la apostasia, forma el vacío al rededor del Vaticano, y procura, por medio de la seducción más refinada, alejar á los fieles de las enseñanzas del Vicario de Jesucristo.

En semejante caso, lo único que nos queda que hacer, es trabajar con ahínco en restablecer la verdadera opinión pública, la opinión que Dios ha inscrito en todas las conciencias con la ley natural, y que la revelación vino á explicar, robustecer y completar. En vez de ocuparnos en saber, porque el emperador de Austria eligió á Venecia, y si el emperador de Alemania vendrá ó no vendrá á Italia; si, en realidad, aspiramos á cooperar al triunfo de la buena causa, es preciso, que arranquemos las almas á las fantasmagorías de la opinión pública forjada por la secta, y que las traigamos al conocimiento de las verdades cristianas.

Eso es el primer paso que hay que dar, para llegar á la restauración del orden social cristiano.

JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 13 de Abril 1875.)

## LA POPULARIDAD EN EL MUNDO CRISTIANO.

Se ha declarado en el seno del mundo católico una corriente de ideas, que nos inspiraría serios cuidados. La popularidad, que es el atractivo principal de la secta anti-cristiana, penetra en nuestro campo, lo cual es, á nuestro entender, un grave infortunio, pues, el cristiano no ha de buscar aplausos ni clientela; su voluntad y su entendimiento deben emplearse en un solo culto, el de la verdad, pues la verdad es Dios.

Ahora bien; verdad y popularidad no son siempre sinónimas: Gregorio VII, uno de los más resueltos campeones de los derechos de Dios, fué, en toda su vida, el ménos aplaudido de los Papas. Por otra parte, Jesucristo, no fué condenado á muerte, sino en fuerza de un plebiscito; en aquellos momentos, el malhechor Barrabás era más popular que Jesucristo.

Satanás, desconfiando de dominar la conciencia del pequeño grupo, que permanece fiel á la Iglesia, se complace en difundir, entre ellos, la ilusión. Es la forma de mentira, contra la que el cristiano está ménos prevenido. Fuera de que, esa mentira se insinúa con tanta sutileza, que fácilmente puede confundirse con la segunda de las virtudes teológicas. En efecto; ¿quién sabe siempre distinguir, entre la ilusión y la esperanza? Mediá á veces, entre ellas, una diferencia casi imperceptible al ojo distraído; y en esa diferencia está la verdad; pero esa leve cosa lo es todo: decide de los destinos eternos del hombre y de los actos de justicia de Dios sobre las naciones.

Decid á un católico de nuestros días, que los poderes del infierno no podrán nada contra él, si profesa francamente su fé, y si conserva la firme esperanza de gozar del cielo, algún día, gracias á los méritos de Jesucristo; y ese católico permanecerá frío. Predicad, que el Papa va á entrar en posesión del poder temporal, y adquiriréis popularidad. No se os impondrá el trabajo de manifestar las razones en que fundáis vuestra aserción; bastará vuestra palabra, para daros crédito: no penseis, en que, al día siguiente, los hechos desmentirán vuestro pronóstico; la popularidad da firme crédito á vuestras palabras: si el triunfo no se realiza mañana, ven-

drá pasado mañana: la popularidad que os apoya, sabrá esperar indefinidamente el milagro que le habéis prometido.

La popularidad será mayor, si hacéis alguna reserva, ó, á lo ménos, si no insistís mucho en los grandes deberes del cristianismo, limitándoos á tratar con profusión y amor de las trivialidades del culto. En nuestra Religión no hay cosa alguna trivial; pero todo se hace trivial, si se olvida lo que forma su esencia; la Fé, la Esperanza y la Caridad. Las prácticas exteriores más meritorias pierden en valor, en cuanto desaparecen estas tres virtudes, ó se debilitan en nuestros corazones.

Cuando la popularidad en el campo cristiano se adquiere á este precio, y hay hombres, que, á este precio, la compran, es gravísimo indicio del estado de corrupción á que la sociedad ha llegado. Esta corriente de ideas es sumamente peligrosa; engendra en los ánimos un quietismo nocivo, y en las conciencias una calma funesta. Dicese, que habiendo prometido Jesucristo á su Iglesia, asistirle hasta la consumación de los siglos, no hemos de hacer más que esperar, pues el Papa ha de reconquistar infaliblemente el poder temporal.

Los cristianos se duermen, confiando en la palabra de Jesucristo—que no puede faltar, pero que está muy mal aplicada en el presente caso—y no se toman el trabajo de examinar, si los espantosos desconciertos, que estamos presenciando, son un castigo de nuestros pecados; ¡Oh! no! La popularidad os conduce á otros horizontes. Estudiar las causas de nuestros presentes infortunios, para hacer de ellos voluntaria expiación, sería largo y fastidioso; por otra parte, esto desalentaría á muchos católicos de fé dudosa, pero que permanecen á nuestro lado, mientras pueden efectuarlo sin hacer nada. No desalentemos á nadie; y en la perturbación de la sociedad no veamos sino una tribulación pasajera: con estas condiciones, se puede adquirir popularidad.

Más obedecidos que los habitantes de Nínive—idólatras—que hicieron penitencia, nosotros, cristianos, no vemos necesidad alguna de detenernos siquiera á discutir sobre la necesidad de arrepentirnos. ¿A qué entristecer el ánimo, si tenemos seguridad, de que el Papa ha de recobrar su trono? Sin embargo, la Reina de los profetas, dignándose aparecer á los hombres en la Saleta y



en Lourdes, nos ha repetido las palabras de Jonás: PENITENCIA! PENITENCIA! Pero, folletos escritos por cristianos, y cuya extraordinaria profusión revela toda su popularidad, violando las palabras tan graves de la Madre de Dios, acaban por extraerlas en este sentido: Esperad y orad. Pues bien; es peregrino y oremos—dos cosas, que puede hacer cada cual en su foro interno—y sigamos viviendo como hasta aquí, sin rechazar los periódicos sectarios, sin asociarnos en un pensamiento cristiano, sin reivindicar para nuestros hijos la libertad de la enseñanza cristiana. Verdad es, que nos hacemos rebeldes á la voz del Vicario de Jesucristo; pero se puede tener una buena inspiración, y dar algún óbolo para el Dinero de San Pedro: esto se considera como una compensación y comprometo menos.

Esos infelices ilusos, debieran preguntarse alguna vez: Si llega la hora de padecer por Dios como sufríremos el martirio, puesto que nos avergonzamos de que en la calle se nos vea con un periódico, que no insulta á Jesucristo ni á su Vicario?

Esta tendencia, que amenaza cambiar la base de nuestra Religión, sustituyendo á la fe en las verdades eternas, la fe en un triunfo temporal de la Iglesia, tiene su causa principal en la falsa interpretación, que se da, bastante generalmente, á dos hechos históricos: El regreso de Pio VII y de Pio IX á sus Estados, despues que la revolución los habia expulsado de ellos.

En estos dos acontecimientos se ve un triunfo de la Iglesia, y, en realidad, las dos restauraciones del derecho en Roma, tuvieron de ello todas las apariencias exteriores; pero la Iglesia, en su cualidad esencial de conquistadora de las almas, no puede contar en el número de sus triunfos, el regreso á Roma de Pio VII en 1813, ni el de Pio IX en 1849. Todos los Papas, desde la gran víctima de Napoleón I, hasta la gran víctima de Napoleón III, lo han entendido así. Pio VII, Pio VIII, Leon XII, Gregorio XVI y Pio IX, se han considerado, no como vencedores, sino como capitanes empeñados en una batalla suprema, cuya suerte distaba mucho de estar decidida.

Si se estudia atentamente el lenguaje usado por estos Papas,—única memoria gloriosa que quedará en la historia de un siglo feudo en grandes palabras vacías de sentido;—si se estudia la significación profun-

da de esas Bulas, de esas Encíclicas, de esos Breves, se encuentra uno con la mas alta sabiduría que puede el hombre alcanzar; se comprende que la Iglesia es de institución divina, y que los Vicarios de Jesucristo son el lazo que une el cielo y la tierra.

Pues bien; leed todos esos documentos, y no encontrareis en ellos el himno del triunfo, que se pretende reconocer en el hecho; es la voz de mando en medio de la pelea, es el tierno anhelo del bienestar moral y material del linaje humano, que mueve á esos santos pastores; centinelas vigilantes puestos por Dios, para velar por el linaje humano, levantar la voz, para hablarnos de los peligros que nos amenazan; y esos peligros son inminentes, espantosos, tales que llenan de inquietud y terror á esos corazones de padre.

Todos estos Papas han visto en frente al eterno enemigo del linaje humano, que acababa de romper sus cadenas; el rayo de luz indefectible, que resplandeece en el Vaticano, les ha permitido el acceso á los misterios, que se consumaban en el cielo, al inaugurarse esta era funesta, que es la era anti-cristiana. Han visto como Satanás se ha presentado á Dios, pidiéndole, que le permita causar á la Iglesia todos los dolores de Job, permiso, que Dios le otorgó.

Han visto como el monstruo devastaba las posesiones del nuevo Job, pasaba por ellas el incendio y daba muerte á sus hijos. Le han visto obtener, por un decreto insondable de la Providencia, la facultad de cebarse en el cuerpo inmaculado de la Divina Esposa de Jesucristo, cubriéndola de larvas vergonzosas y pesilentes. El peligro ha hecho redoblar las fuerzas de esos nuevos Job; se enterocen, se entregan, se dedican con una generosa prodigalidad de ternura á la defensa de la causa de la verdad. El ejército anti-cristiano—legión numerosísima—ha encontrado en todas partes á esos inquebrantables é invencibles ancianos.

Le han combatido valerosamente en todas sus manifestaciones: la falsa ciencia, el universalismo, el liberalismo, el regalismo y todas las demás formas de la mentira, han sido atacadas varonilmente por esos Papas. Con palabras conmovedoras, han invitado á todos los hombres, sobre quienes pesa la terrible responsabilidad del poder, á que se les uniesen para la santa cruzada contra el

infierno. Pero como los amigos de Job, los poderosos de la tierra han contestado á las tiernas exhortaciones de los Romanos Pontífices, con recriminaciones, sonrisas de lastima y consejos insolentes.

Desde 1789, la secta va marchando de conquista en conquista; y arrobata á Jesucristo, á despecho de las protestas y de las exhortaciones de sus Vicarios, millones de hombres, á quienes alista y conduce por caminos desviados á un objeto que ignoran. ¿A quien se hará creer, que el restablecimiento de Pio VII y de Pio IX en su trono, fueron verdaderas victorias de la Iglesia, si su poder espiritual ha seguido siempre menguando, disminuyendo, y tiende ahora—¡horror causa el decirlo!—á desaparecer casi por completo?

El gran pensamiento de Pio IX fué una reforma de la Iglesia, una disciplina mejor en las costumbres, el restablecimiento de las Órdenes religiosos en la primitiva organización de sus fundadores, y una excitación al Clero para la observancia exacta de las prescripciones del Concilio de Trento. Esta es la idea que manifestaba en los primeros dias de su Pontificado. Pero Dios le destinaba á otra misión, la de quitar la máscara á la secta, y probar, con hechos, que no admiten réplica, que en el fondo de sus antros se oculta la idea de una gran revolución contra el Eterno.

Todas las concesiones conciliables con sus deberes de defensor de las verdades reveladas, Pio IX las ha hecho: las palabras seducidoras, que la secta sabe esparcir con tanta habilidad, han pasado por la prueba de los hechos. Se ha visto lo que se escondía debajo el mundo moderno, que quiere imponernos, y se ha sabido lo que significan las luces y las exigencias del siglo: ese programa pomposo, toda esa fantasmagoría engañadora, está ahora de manifiesto: se vé, se palpa el monstruo, que da vida al nuevo edificio: es el monstruo que dijo: «Yo subiré al trono del Altísimo.»

Ante una situación tan franca, la corriente popular, que arrastra á las masas á contar con una intervención sobrenatural, antes que se realice un gran movimiento de separación del mundo de Jesucristo y del mundo del Anticristo, es una corriente funesta: aleja esta intervención sobrenatural, y nos muestra, cada vez más, en las tinieblas de la secta. El poder de Dios no tiene limi-

tes; pero si alguien se hubiese encontrado en Ninive, despues de la predicación de Jonás, y hubiese visto que esta ciudad perseveraba en el mal; ¿no habría sido loco, si hubiese pretendido, que Dios iba á bendecirla?

La masa de los bautizados ¿se ha puesto, acaso, desde 1789, en el camino de una conversión sincera á Dios, se ha agrupado al rededor del Vicario de Jesucristo, ha concebido un horror saludable de sus pecados, y ha tomado una resolución formal de no cometerlos? Pio IX, guardado en su prisión por gendarmes, que han recibido el bautismo, responde por nosotros. Y mientras que está ahí esta terrible respuesta, inducir á los fieles, á que esperen un milagro sorprendente, es engañarlos, es trabajar en favor de la secta, que no desea sino ver á los católicos correr en pos de las ilusiones, y no pensar en el cumplimiento de sus más sagrados deberes.

El cuerpo de la Iglesia está atacado de gangrena: como Job, se ve obligada á quitarse con un fiesto la podre que mana de sus llagas: muchos de los que necesitan creer en las mentiras y en las utopías, para encontrar el valor de ser cristianos, se apartarán, pues no son ya cristianos, desde mucho tiempo. Será esto un gran desembarazo para la Iglesia: será el indicio de su curación. La Iglesia tiene un destino eterno. Y concretándonos al ejemplo del santo patriarca de Idumea—prescindiendo de otros textos más graves—sabido es, que Satanás hubo de ceder ante la paciencia invencible de Job, que fué nuevamente colmado de los dones del Señor, y llamado á gozar de una prosperidad mayor de la que habia perdido.

En este ejemplo está indicado el porvenir de la Iglesia. La explicación, que no queremos hacer voluntariamente á Dios, la sufríremos contra nuestra voluntad. Y todavía será ello un sublime acto de misericordia; puesto que de esta expiación formidable—y que tal vez no está lejana—surgirá toda una era, de verdadero triunfo espiritual y material para la Iglesia. Este poder, que ahora se impide al Papa ejercer en Roma, se extenderá á toda la tierra; lo que quedará del linaje humano, despues de las horribles convulsiones que se preparan, despues de ese choque espantoso de pueblos, que está en las aspiraciones de Satanás, se postrará á los pies del representante de Je-



sucristo. El mundo entero será patrimonio de San Pedro, y todos los hombres reconocerán, que el Cristo es el Rey de los reyes.

Alegremonos, pues la Iglesia se forma un nuevo cuerpo sin mancha; y sus perseguidores, los hombres que aspiran á demolerla, son los mismos que ayudan al nuevo edificio. Esta Iglesia, cuyos gérmenes se ven en todas partes, se compondrá de las almas generosas, que, pisoteando el vil respeto humano, y el seductor espejo de la inuson, están prontas á dar su vida por el triunfo de las verdades eternas.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 11 de Abril 1875.)

### LA GUERRA SANTA, CONTRA LA SECTA MASÓNICA.

No tengo necesidad de encarecer á nuestros habituales lectores el importantísimo documento, que á continuación insertamos: su fecha no es reciente, pero no habemos podido procurármolo ántes. Lo firmó el Papa el 7 de Enero de este año; y es, tal vez, el documento más importante, que, después de la promulgación de la Bula del Jubileo, de la cual, en cierto modo, forma el colorario, el Papa haya firmado: hé ahí un grano de mostaza, que puede producir una abundantísima cosecha para Jesucristo.

Apenas comenzada la era de las oraciones y de las súplicas, Nuestro Padre comun nos enseña, en este Breve, que traslado, cómo y de qué manera debe orarse: con el dirije nuestras intenciones, y organiza las legiones del bien, destinadas á vencer, con la ayuda de Dios, las innumerables legiones del mal. Que el mundo cristiano procure aprovecharse de esta tierna solicitud, porque el Año santo, en que hemos entrado, puede muy bien ser el último plazo que Dios nos concede: y si despreciamos el tesoro de gracias que la santa Iglesia acaba de poner á nuestra disposición, es de temer, que no tengamos ya que contar sino con las formidables justicias del Eterno.

El Breve va dirigido á la *Asociación de desagravios á la Santísima Trinidad*, bajo la protección del Arcángel San Miguel, establecida en Francia, para pedir á Dios la extinción de las sociedades secretas y la conversión de los miembros que las componen. Lo he traducido con fidelidad.

PIO IX, PAPA.

*Querido hijo; salud y bendición apostólica.*

Desde hace mucho tiempo, y casi desde el origen de la Secta Masónica, la Santa Sede, que descubrió claramente su malicia, la condenó, y fulminó, contra ella reiteradas excomuniones. Predijo, además, todos los males, que inevitablemente causaría á la religion y á la sociedad civil. En efecto, esta digna hija de Satanás, haciendo del hombre como un Dios, y constituyendo á cada uno de nosotros juez supremo de nuestra conducta, rechaza toda autoridad divina y humana, y rompe, por lo mismo, todos los lazos, sin los cuales no puede subsistir ninguna sociedad. Las advertencias de la Iglesia han sido inútiles; pues, muchos de los mismos que debían esforzarse en ahogar este monstruo, no han tenido favorecerle; de suerte, que, hoy día, ninguna fuerza humana es capaz de luchar con él. Para arrancar, pues, esa raíz venenosa de los males que añijen á las naciones, y arrastran al abismo eterno á las almas, que aparta del camino de la salvacion, es preciso recurrir al Todopoderoso: el solo, que pudo, en otro tiempo, arrojar del cielo al verdadero padre de esta secta, puede, ahora, lanzarlo de la tierra. Creemos, pues, que hemos de recomendar el proyecto que habeis formado de aplacar á Dios, ultrajado por esta sociedad impía, que, especialmente en sus antros, le llena de insultos y de blasfemias, y, al propio tiempo, de pedir al Señor la destrucción de esta secta y la conversión de los que á ella pertenecen; formando á este fin, con el permiso de la autoridad eclesiástica, una asociación, cuyos miembros, si son sacerdotes, se unan cada día en número de tres, para ofrecer á la Santísima Trinidad el santo sacrificio de la Misa, y si son seglares, para hacer, según la misma intencion, y cada día, tres comuniones. Nos, hemos ex-

perimentado puro gozo al saber, que esta asociación, apenas formada, ha tomado grande incremento. Nos le deseamos un incremento todavía más considerable, para que, multiplicándose los que oran, aplaquen más pronto la indignación de Dios, y obtengan la gracia que deseamos. Por este motivo, hijo carísimo, Nos os damos con afecto, á vos, y á todos vuestros asociados en esta obra, la bendición apostólica, presagio del favor celestial y prenda de Nuestra paternal benevolencia.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 7 de Enero 1875, el veintinueve de nuestro pontificado.

PIO IX, PAPA.

secuencia del pecado original, el conocimiento de la verdad es el premio de los más perseverantes esfuerzos y de los más rudos trabajos. Por eso, y tendrá la dicha de ver coronada su misión con felices resultados. Entretanto, sea cual fuere nuestra opinion sobre la secta anticristiana, unánimemente todos, por medio de oraciones, bajo la dirección del Arcángel San Miguel. A esto nos invita Pio IX, y ningún cristiano puede, sin remordimiento, mostrarse sordo á esa invitación, tan adecuada á las exigencias de una sociedad, que está agonizando (1).

Y.

### ASOCIACION

PARA DESAGRAVIAR Á LA SANTÍSIMA TRINIDAD, CON TRINIDAD DE MISAS Y DE COMUNIONES, BAJO LA PROTECCION DEL ARCANGEL SAN MIGUEL.

ARTÍCULO I.—Se forma una asociación de oraciones, para pedir á Dios la extinción de las sociedades secretas, y la conversión de sus miembros; para adorar la paciencia de Dios, y desagraviar á la Santísima Trinidad de los ultrajes que la hacen esas sociedades.

(1) Todos nuestros esfuerzos, con esta publicación; no han tendido más que á propagar, en los vastos dominios de la lengua española; esta grande enseñanza: que acepto, como su misión providencial; M. Juan Esteban de Camille, y acaba de recibir la *más alta sancion de la tierra*: la del Vicario infalible de Jesucristo, Nuestro Señor.—La obra de la Masonería proviene del diablo. La civilization moderna no se nutre de otra doctrina: de la que el Anticristo será, ántes de mucho; el más ilustre y poderoso representante. Los cristianos verdaderos han de hacer la guerra, sin descanso; á la Masonería; invocando el auxilio de Dios!

N.

Barcelona, á 21 de Abril 1875.

Segun la ley, que es en nosotros una con-



Anuncio II.—Pueden formar parte de esta asociación los sacerdotes, los miembros de las comunidades religiosas y los seglares. Se asociarán de tres en tres: los sacerdotes, para celebrar una trinidad de misas; los individuos de las comunidades religiosas y los seglares, para ofrecer una trinidad de comuniones.

» III.—Los sacerdotes asociados ofrecerán el santo Sacrificio, una ó más veces, cada semana, ó cada mes, en los días que ellos mismos señalen cuando se inscriban en la Asociación. Los que por su oficio, u por otro motivo, no puedan, en determinado día, ofrecer el santo sacrificio, ofrecer el santo sacrificio de la Misa, según la intención de la Asociación, lo celebrarán con intención secundaria de ofrecer, como complemento, sus méritos de todo el día, en espíritu de sacrificio, de reparación, y de expiación; en este caso, podrán recibir estipendio.

» IV.—Los miembros de las Comunidades, y los seglares, comulgarán, una, ó más veces, cada semana, ó cada mes, según la indicada intención, en los días señalados por ellos mismos cuando se inscriban. El que no pueda comulgar, ó celebrar la santa Misa en el día señalado, procurará cumplir con este deber lo más pronto que le sea posible.

» V.—Cada asociado recibirá el título de admisión, que contendrá su nombre; y el de los otros dos asociados, que, con él, deben, en el mismo día, practicar el acto de desagravio, y á los cuales deberá unirse con su intención, para formar con ellos una trinidad reparadora.

» VI.—Los asociados deben esforzarse en asociarse el mayor nú-

mero posible de fieles. Los títulos de admisión se remitirán franco con la dirección de cada uno, al R. P. Provincial de menores Capuchinos, Director de la Asociación, calle de la *Santé*, 15, París, para ser continuados en el Registro de la Asociación. Todos los asociados pueden elegirse los dos miembros, con los cuales deseen practicar el acto de desagravio en un mismo día, pues, en cuanto á esto, las listas serán continuadas en el Registro, tal como se recibían.

» VII.—Se replica á los miembros de la Asociación, que sirviéndose de la dirección indicada, nos comunicen cuando por su naturaleza pueda ilustrar, ó alentar á los asociados en su acción común.

» VIII.—También se replica á los asociados, que, si pueden, en el acto de inscribirse, envíen á la Comisión alguna pequeña limosna, que servirá para cubrir los gastos de impresiones y correspondencia.

#### PIUS PP. IX.

Dilecte filii salutem et apostolicam benedictionem.

Jamdiu sancta hæc Sedes, dilecte filii, *Masonice* sectæ malitia perspecta, eam ab ipso ferme suo ortu damnaverat et crebris —confixerat excommunicationibus, diserteque pronunciaverat damna inde expectanda religioni et civili societati. Siquidem digna ista Satanae proles, hominem in Deum erigens ac sibi ipsi normam constituens, necessario divinam pariter et humanam respuit et odit auctoritatem, illudque propterea frangit vinculum, quo uno quolibet copulatur societas; irrita tamen fuerunt Ecclesie monita, imo trunco tanto huic monstro plurimi blandiri voluerunt, et illi etiam, qui præ cæteris ipsum opprimere debuissent: ut jam vix aut ne vix quidem humanarum sit vi-

rium cum ipso confluere. Ad evellendam itaque venenatam hæc stirpem malorum, quibus divexantur nationes, et animæ a via salutis abductæ ad æternum compelluntur exitium, confugiendum est ad Omnipotentem, qui sicuti olim hujusce sectæ parentem et celo deiecit, sic ipsam a terris solus abigere potest. Commendandum idcirco ducimus consilium vestrum, qui propitiatur Deum ab hæc impia associatione, in antris præsertim suis, sceleratissimis impelluntur contumeliis, et ab eo simul imploraturi sectæ destructionem et emendationem ac salutem conjuratorum, in societatem, consentiente ecclesiastica auctoritate, coivistis, cuius sodales, si presbyteri, divinam expiationis hostiam terni quotidie sanctissimæ Trinitati offerant, si laici, terni pariter quotidie ad sacram mensam accedant. Gaudemus autem, societatem istam vix ferme natam, amplius auctam fuisse incrementis; majoraque eidem ominamur, ut, multiplicatis intercessoribus, efficacius et citius placetur ira divina et impetretur quod poscitur. Interim vero tibi, dilecte filii, tecumque consociatis ad hoc opus, apostolicam benedictionem superni favoris auspiciam et paternæ nostræ benevolentia pignus peramanter impertimur.

Datum Romæ apud S. Petrum, die 7 Januarii, anno 1875, Pontificatus nostri anno vigesimo nono.

#### PIUS PP. IX.

Concordat cum originali.

Firmado: E. J. LAGARDE, Vic. gen.

(*Journal de Florence*, 6 de Abril 1875.)

## LA APOSTASÍA,

### Y LAS ENTREVISTAS DE LOS PRÍNCIPES.

La reciente entrevista del emperador de Austria y del rey de Italia, dará, indudablemente, margen á una infinidad de suposiciones.

Tendencia es del siglo, el resumir todos los acontecimientos en los hombres, olvidándose completamente de Dios. Sin pagar ningún tributo á esta manía, que repueba, el *Journal de Florence* ha permitido á un hombre político, amigo suyo, el considerar, bajo el aspecto de la política, las consecuencias de la entrevista de Francisco José, con Victor-Manuel.

Y bajo este aspecto, tenemos por discreta y justa la argumentación de la carta de nuestro amigo, que hemos insertado en el número del 1.º de los corrientes.

Es evidente á todas luces, que el yugo de M. de Bismark—como todo lo que procede del diablo—es un yugo pesado. Solo Jesucristo puede decir: *onus meum leve*. Evidente es también, que Victor-Manuel y Francisco José se considerarían dichosos, si pudieran sustraerse á ese yugo. Muchas son las razones que nos persuaden de ello: en primer lugar, el carácter agrio, tosco, desapacible, imperioso, casimaníaco, del Gran Canciller de Alemania; luego, la necesidad tan profundamente arraigada, tanto en Austria como en Italia, de mantener la paz, así en el exterior como en el interior; dos cosas importantísimas, que M. de Bismark no quiere tomar en consideración.

Nada, pues, hay que corregir en la carta citada de M. R., cuyas apreciaciones nos parecen muy acertadas, acerca de las intenciones de ambos soberanos. Después de haberlo trastornado todo en sus propias casas, y de haber permitido, que todo se trastornase en las de sus vecinos, es natural, que tengan necesidad de descanso. Victor-Manuel posee ya cuanto ambicionaba; y Francisco José, se contentaría con que, á falta de otra cosa mejor, se le dejase en pacífica posesión de lo que en la actualidad le pertenece. Por lo tanto, nadie duda, que la entrevista de Venecia ha sido inspirada por un vivísimo deseo de paz, y que, por consiguiente, los dos soberanos se habrán hecho mútuas promesas de no seguir á M. de Bismark, en el caso de que éste quisiera perturbarla.

Empero la paz no está en manos del emperador del Austria, ni en las del rey de Italia; como tampoco en las de M. de Bismark. Dios, solo Dios, es quien concede la paz á las naciones. Y esta paz es la calma de las conciencias, que las mantiene tranquilas y sometidas á la justicia y á la verdad, aun al



través de las guerras más sangrientas. Sin esa calma, sin esa tranquilidad, sin esa sujeción a la justicia, la guerra reina por todas partes, lo mismo en las voluntades, que en las familias, así en las ciudades, como en los pueblos, y es una guerra permanente, sin treguas, sin armisticios; la más fatal de todas las guerras, porque acaba con las sociedades.

Ahora bien; quien quiera que sea, si todavía conserva la facultad de elevar sus pensamientos a consideraciones sobrenaturales, no puede abrigar la menor duda, de que Dios nos niega la paz, y de que estamos empeñados en una guerra muy larga. Tampoco puede caberle la menor duda, de que ni Victor-Mannet, ni Francisco José, ni M. de Bismark, aun cuando este último hubiese asistido a la entrevista, están investidos de facultades suficientes para firmar la paz. Hasta los mismos incrédulos, de tal modo se hallan convencidos de la impotencia de esos hombres para dar la paz al mundo, que no titubean en armarse á tontas y locas, atolondrada y monstruosamente.

Si; por todas partes se ponderan los beneficios de la paz; por todas partes se promete la paz, se la busca con toda sinceridad, con todo el ardor del alma; pero al mismo tiempo se hacen preparativos para la guerra. Nadie sabe de donde surgirá; todos ignoran si alguien les amenaza. A los Gobiernos, al parecer, todo les sonríe, todo les sale á medida de sus deseos; en efecto, nadie se opone á sus caprichos; porque ya no hay ni una sola espada al servicio del derecho, de la justicia y de la verdad. Y ello, no obstante, todos tiemblan, y todo el mundo confiesa, que ese temor no es infundado.

¿Cómo explicar este fenómeno verdaderamente extraño? ¿Dónde podremos encontrar su explicación, sino se la encuentra en presencia de Dios, que se manifiesta aún á los que se obstinan en no verle? Los poderosos del siglo, creen poder sustraerse á esta presencia de Dios, teniendo constantemente fijados los ojos en la tierra; sin levantarlos, ni una vez siquiera, á lo alto, se esfuerzan en persuadirse, que el cielo ya no está habitado. ¡Vano expediente! Dios desciende de lo alto, déjase ver en estas regiones y honduras, que nos sirven de mansion, y preséntase como vengador de los clamores del pueblo, en la inquietud general, en el espíritu de rebelión, en los excesos de la prensa, en

los tumultos de los parlamentos, en las penetrantes emanaciones del petróleo, en la guillotina, en fin, que ya aparece delineada en el horizonte.

El Dios vengador se muestra por todas partes. ¿Qué pueden contra este Dios vengador los apretones de manos, las conferencias, las palabras tranquilizadoras, y hasta las buenas intenciones de los monarcas? Nada, absolutamente nada: ellos no pueden devolver la paz á una sola alma; cuánto menos podrán devolverla á las naciones? Dios, únicamente, es quien nos otorgará esta paz cuando la hayamos merecido: esta breve frase resume toda la verdad, no solamente sobre el colquio de Venecia, sino también sobre la situación actual.

Estamos en guerra, porque somos apóstatas; y la apostasía, por su naturaleza, conduce al exterminio y á la muerte. Esta es la terrible amenaza que el Eterno dirigió por sus profetas al pueblo escogido de la antigua ley! amenaza, que—como ya lo saben nuestros lectores—va dirigida también al mundo cristiano, ó, por decirlo mejor, amenaza que no se aplicaba sino con ciertos límites al pueblo judío, pero cuya aplicación será completa en el mundo cristiano.

En castigo de la apostasía, el profeta Isaías, no habla de paz, sino que nos amenaza con el comunismo y el socialismo. Oigámosle: «Hé aquí, que el Señor desolará y despejará la tierra y dispersará á sus moradores. Y como el pueblo, así será tratado el sacerdote; y como el esclavo, así su señor: como el que compra, así el que vende; como el que da prestado, así el que recibe: como el acreedor, así el deudor... pues han quebrantado las leyes, han alterado el derecho, rompieron la alianza sempiterna.»

¿No es esto precisamente lo que está haciendo el mundo, ántes cristiano? ¿Dónde se hallan las leyes justas, dónde es respetado el derecho, qué hemos hecho de la alianza sempiterna, de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, qué de Jesucristo y de su Vicario? Pues bien! si el Vicario de Jesucristo está encarcelado, si el nombre de Jesucristo ha sido borrado de nuestras leyes, de nuestras enseñanzas, de nuestra política; ¿qué podemos prometernos de las entrevistas de Venecia? Isaías nos confiesa, diciendo: «Los hombres han prevaricado, no son respetadas las leyes, en consecuencia, reinará el miedo

en todas partes, y bambolearán los cimientos de la tierra.» (Cap. XXIV.)

Esqueziel tampoco cree, que un pueblo, cuando ha renunciado al verdadero Dios, pueda encontrar la paz, ni siquiera una calma relativa á su apostasía. Como Isaías, no promete á ese desventurado pueblo sino la anarquía.» Yo conduciré allí, dice el Señor, los más perversos de las naciones, y ellos poseerán sus casas; y reprimiré así el orgullo de los poderosos, y haré que otros se apoderen de sus santuarios. Llegado que haya el día del exterminio, buscarán la paz, y no habrá paz; sino que habrá disturbio sobre disturbio, y las malas nuevas se alcanzarán unas á otras; y entonces consultarán en vano los oráculos de los profetas. Los reyes y los príncipes derramarán lágrimas; sumergidos en la aflicción y en la tristeza quedarán los magnates, y temblando de miedo las manos del pueblo. Los trataré yo como merecen, y los juzgaré según sus obras; y conocerán que yo soy el Señor.» (Cap. VII.)

Seamos, pues, cristianos y cesemos, de una vez, de ser el juguete de la secta, atribuyendo importancia á incidentes, que ninguna tienen; remontémos á las causas de las desgracias que nos afligen (1). Victor-Mannet y Francisco José, pónganse, ó no, de acuerdo; por cierto no curarán ellos nuestros males: la secta les ha despojado del poder de hacer el bien: todo cuanto les queda de su poder real, es fatalmente empleado en per-

mitir el mal, mucho más de lo que ellos quisieran.

La apostasía general es la que tiene armada de rayos la diestra del Eterno. Tratemos de desarmarla con un verdadero arrepentimiento. Joel nos enseña, cómo podemos y debemos desarmarle: «Grande es, nos dice, y muy terrible el día del Señor. ¿Quién podrá soportarle? Convertios, pues, á mí, dice el Señor, de todo vuestro corazón, con ayunos, con lágrimas y con gemidos. Y rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos; y convertios al Señor, que es benigno, y misericordioso, y paciente y de mucha clemencia, é inclinado á suspender el castigo. ¿Quién sabe, si se inclinará á piedad, y os perdonará?... Intimidad un santo ayuno, convocad á junta; congregad el pueblo, reunid á los ancianos, haced venir los parvulos, y los niños de pecho... Lloren entre el vestíbulo y el altar los sacerdotes, ministros del Señor, y digan: Perdona, Señor, perdona á tu pueblo, y no abandones al opróbrio la herencia tuya, entregándola al dominio de las naciones.» (Cap. II.)

El Papa acaba de darnos el comentario y la aplicación práctica de ese pasaje de Joel. Obedezcamos, y nos salvaremos infaliblemente.

JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

(Journal de Florence, 6 de Abril 1875.)

magna cuestión del día: la cuestión de la verdad metafísica y religiosa!

N.

Barcelona, á 21 de Abril 1875.

(1) Hé ahí; el solo, y único objeto de nuestra *Suma Filosófica del siglo XIX*: que tanto alarma, y aún escandaliza á algunos; que no se afanan demasiado, en estudiar la